

Kneper, Gennadi: *El primer populista: Bakunin y la invención del pueblo*. Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2024. 340 pp.

Edgar Straehle

Universidad de Barcelona ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.103182>

Gennadi Kneper ha escrito una interesante y sólida biografía de Bakunin. No debería sorprender, dado que este historiador ya había realizado y defendido hace diez años una muy buena tesis doctoral que recorría la vida del famoso revolucionario ruso. Ahora bien, las diferencias entre ambos textos no son pocas y seguramente reflejan en buena medida un cambio de enfoque y de rumbo. Mientras que el libro que acaba de salir se titula *El primer populista. Bakunin y la invención del pueblo*, la tesis se presentaba de manera más imprecisa y menos polémica como “la biografía global de un libertario cosmopolita”. No por casualidad, y aunque no estuviera ausente en sus páginas, el populismo gana una destacada importancia en la obra actual y pasa a proyectarse de manera más explícita y central en Bakunin. A lo largo del libro no se explica bien el viraje que separa a los dos escritos, pero cabe entenderlo como una clara apuesta historiográfica que el propio autor reconoce en las primeras páginas como “una lectura fuera de lo común” y que “resultará sorprendente para muchos” (p. 11). Un poco más tarde el autor insiste en que “Bakunin necesitaba ser reinterpretado” (p. 12).

Lo primero que se debe agradecer a Kneper es su sensibilidad literaria. Eso se percibe en la brillante y nada fácil prosa que ayuda a hacer más la lectura de una vida tan intensa como en ocasiones novelesca, pero también en las continuas alusiones a la literatura del siglo XIX con las que el autor parece querer establecer una complicidad con sus más avezados lectores. De manera poco sutil, todos los títulos de esta monografía conectan con grandes autores decimonónicos (o un poco posteriores) como Lérmontov (*Un héroe de nuestro tiempo*), Chateaubriand (*Memorias de ultratumba*), Tolstoi (*Resurrección*), Dickens (*Grandes esperanzas*), Voynich (*El tábano*), Conrad (*Bajo la mirada de Occidente*), Dostoievski (*Los demonios*), Zola (*La debacle*) o Chejov (*El jardín de los cerezos*). Incluso el título de epígrafes como *La confesión de un hijo del siglo* o *Padres e Hijos* enlazan intencionadamente con otros autores como Musset o Turguénev respectivamente. Y eso por no hablar de los repetidos incisos y referencias a obras literarias, como *La vuelta al mundo en 80 días* de Jules Verne.

Otro rasgo que convendría destacar positivamente es el tono sobrio que Kneper emplea a lo largo del libro, algo meritorio a la hora de abordar un personaje como Bakunin, tan propenso a poder ser admirado o despreciado según la posición ideológica de cada uno. Kneper evita las exageraciones y, como en casos tan polémicos como el de Nechayev y el *Catecismo revolucionario*, procura responder básicamente desde la documentación histórica y con ello transmite la sensación de no querer identificarse positiva o negativamente con el biografiado.

Además, no suele dar pábulo a los numerosos rumores que una figura histórica tan peculiar como Bakunin ha generado, o simplemente se los retrata directamente como tales. Eso no hace que el autor ahorre ciertas críticas, pero sí que evidencia que este libro no forma parte del género de las hagiografías, ni tampoco lo contrario. Se trata más bien de un texto sólido y muy bien fundamentado que no rechina en ningún momento y que tiene la virtud de inspirar confianza en el lector.

Otro aspecto que también merece ser resaltado es que este libro se adentre en la faceta intelectual de Bakunin, una figura histórica tan importante por su activismo como habitualmente desatendida por sus escritos, no poco brillantes e inspiradores en numerosos casos. Como explica el autor, esta biografía no es solo sobre la vida sino también sobre el pensamiento del anarquista ruso. Podríamos añadir que, a tenor de los principales focos de atención tratados, es sobre todo una biografía política que, de paso, justifica los distintos grados de atención prestados a las diferentes fases de la vida de Bakunin. No por casualidad, más de dos tercios de la obra, o una proporción más elevada si se excluye la introducción general, se dedican comprensiblemente a los últimos quince años de la vida del revolucionario ruso, básicamente aquellos por los cuales este ha pasado a la historia.

Además, también es preciso poner de relieve que el libro dedica espacio a atender la influencia posterior de las ideas de Bakunin, las cuales sobrevivieron a su muerte e incluso conectan asimismo con la actualidad. En cierto momento, y atestiguando la relación entre pasado y presente que se plantea a lo largo del libro, Kneper llega a afirmar que “nos guste o no, Bakunin está mucho más cerca de nosotros de lo que puede parecer a primera vista. En cierta manera, sigue siendo un héroe de nuestro tiempo” (p. 33). Para ello también hubiera sido provechoso, aunque eso podría ser el objeto de una futura obra o investigación, que se hubiera destinado un amplio apartado a examinar una memoria de Bakunin, tanto positiva como también negativa, que fue cultivada de muchas otras maneras y que ha tenido una gran posteridad. Se trata de algo que todavía no se ha hecho como merece y que un historiador como Kneper podría realizar perfectamente en un futuro.

Pese a que Bakunin también hiciera meritorias aportaciones intelectuales en otros temas, Kneper se ha centrado sobre todo en el tema del populismo tan presente en el título de la obra. Además, y dada la popularidad actual de la palabra, eso le permite conectar desde esta óptica pasado y presente y suministrar un ejemplo pretérito desde donde ayudar a reflexionar acerca de la política de los tiempos actuales. El autor mismo confiesa al respecto que tenía la sensación de que la vida y la obra de Bakunin “tenían una proyección que iba mucho más allá de las preocupaciones académicas” y que su persistente interés por “la interacción conflictiva entre ‘el pueblo’ y ‘el poder’ recordaba fuertemente los dilemas a los que se estaban enfrentando numerosas sociedades del mundo actual” (p. 11). Este es en mi opinión el aspecto más interesante y sugerente del libro, uno que se abre en su primer capítulo, pero que en verdad lo atraviesa por entero y va apareciendo y reapareciendo en reiteradas ocasiones. Pienso que, en buena medida, y aunque de esta manera corre el riesgo de emborronar los aspectos más influyentes por los cuales ha pasado a la historia, también conecta con el intento de no reducir la imagen de Bakunin a su fase anarquista y, con ello, de buscar un elemento común a toda su vida política. En esta línea, Kneper pone de relieve que “es evidente que la marca ‘Bakunin el anarquista’ apenas hace justicia a la complejidad de su experiencia vital y el carácter polifacético de su pensamiento” (p. 15). Este libro penetra así precisamente en el conflicto entre historia y memoria, en cómo los recuerdos del revolucionario ruso han tendido a priorizar una imagen sobre otras, y testimonia de nuevo la idoneidad de estudiarlos históricamente.

Lógicamente, la cuestión del populismo también resulta la más polémica o debatible. Y no tanto por el hecho de presentar a Bakunin como un populista, sino por el hecho de retratarlo en diversas ocasiones como el primero, si bien más adelante haga compartir este título con otras figuras decimonónicas como Mazzini, Marx, Proudhon o Pi y Margall (p. 16). Aunque obviamente no sea posible hacerlo con el merecido detalle en una obra como esta, hubiera sido interesante adentrarse con mayor atención en las diferentes semánticas de este populismo, del que en cierto momento se afirma que “simplificándolo un poco, podríamos decir que el mínimo común de los movimientos populistas es su énfasis en la importancia del pueblo como fuente principal de la legitimidad política” (p. 21). Por ejemplo, se habría podido ahondar más en sus clásicas

identificaciones con conceptos como los de *peuple* y de *Volk* y hasta qué punto estos son equivalentes o no o, para este caso, cómo influyen en el pensamiento de Bakunin. También se podría haber analizado en detalle hasta qué punto estas ideas de pueblo se confunden con la de nación, pues no se debe olvidar que el propio Bakunin ha sido muchas veces calificado de un nacionalismo que desde entonces ha sufrido no pocos cambios semánticos y valorativos. Por último, todo ello también podría servir para profundizar en la disputa entre Mazzini y Bakunin en el contexto de la Comuna de París, de todos modos analizada por Kneper (p. 239-240).

Por otro lado, también habría sido interesante ahondar en los posibles antecedentes de este populismo del que se afirma que Bakunin fue su primer representante. ¿Hasta qué punto no hubo, por ejemplo, durante la Revolución Francesa movimientos políticos que podrían ser calificados de populistas y cuadrarían con esta perspectiva? Además de mencionar acertadamente la Revolución Americana, Kneper hace alguna alusión al acontecimiento revolucionario francés y destaca cómo la constitución de 1791 declaraba la soberanía de la nación (p. 19). Como se sabe, la de 1793 ya apeló directamente a la soberanía popular y, no por casualidad, la palabra ‘pueblo’ fue una de las más socorridas en un contexto en el que incluso diversos títulos de la prensa más conocida del momento recurrían a esa palabra, como fue el caso de *L’ami du peuple* de Marat. En todo ello jugó un papel importante un Rousseau que, pese a ser considerado a menudo como un referente suyo, fue en diversas ocasiones duramente criticado e incluso juzgado por Bakunin como “el escritor más dañino” del siglo XVIII.

Al respecto, no se debería olvidar tampoco que Robespierre, una figura asimismo muy criticada entonces por Bakunin, se presentó reiteradamente a nivel público como una persona del pueblo que también era su defensor. Por añadidura, el político jacobino también destacó que Francia estaba seccionada a nivel interno y sentenció en esta línea que “sin duda, Francia está dividida en dos partes, el pueblo y la aristocracia” o que “el pueblo no pide más que lo necesario, quiere justicia y tranquilidad, los ricos lo quieren todo, quieren invadirlo y dominarlo todo. Los abusos son la obra y el dominio de los ricos. Ellos son la desgracia del pueblo: el interés del pueblo es el interés general, el de los ricos es el interés particular”. En una línea semejante, Robespierre también fue el autor de elocuentes pasajes como este:

“Soy del pueblo. Nunca he sido otra cosa y no quiero ser otra cosa. Desprecio a cualquiera que pretenda ser algo más (...). Yo soy el que ha sabido desagradar a todos los que no son pueblo, defendiendo casi sólo los derechos de los ciudadanos más pobres y desgraciados contra la mayoría de los legisladores (...). Soy yo quien defendía no solamente los derechos del pueblo, sino su carácter y sus virtudes.” (Maximilien Robespierre, *Discurso en el Club de los Jacobinos del 25 de enero de 1792*)

Todo esto no tiene la pretensión de refutar las tesis del libro, pero sí de iniciar debates que, pienso, podrían ser muy fructíferos gracias a una obra como esta. Además, para referirse a Bakunin Kneper utiliza conceptos como el de “anarcopopulista” (p. 29) que bien podrían merecer un mayor desarrollo desde una óptica histórica como también filosófica. A fin de cuentas, esta recomendable biografía se caracteriza por una fecundidad que invita a nuevas reflexiones y matices. Y que, de paso, también podrían ayudar a profundizar en el fenómeno populista desde una perspectiva histórica.